álbum
algo fantástico
de Manolico Chupa-Chup



Manuel Palazón Blasco

Manolico Chupa Chup



"Manolito chupa chupa,
Manolito Chupa Chup,
Manolito chupa chupa,
chupa chupa el biberón,
con la bella Amparito,
con Amparo se casó."

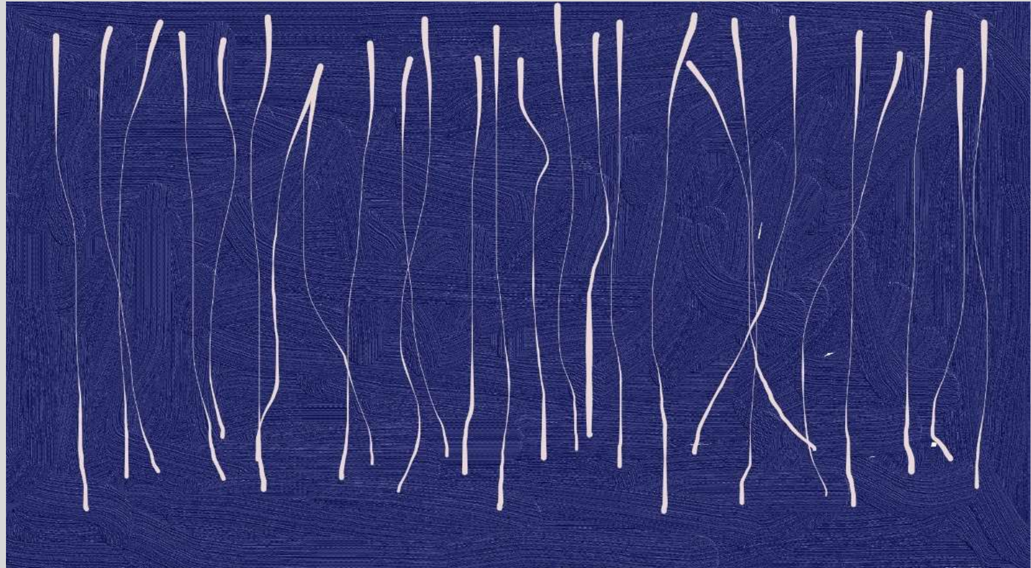
mimaridesa opina que Manolico Chupa Chup se empezó,
en las tripas del Telefunken en blanco y negro,
como compañero de pupitre,
y de tonterías,
de Cristobalito Gazmoño,
y conocía (conoce
aún)
esta letrilla de campamento que coreaba con los Junior

en Alicante el tío Eduardo y la tía Mari Carmen,
y los primos,
usaban conmigo (usan
aún)
este nombre algo bobarrón como cariñosa cuchufleta

siempre he pensado que me pegaba el mote,
pues doy en cabezudo,
y parecía,
de pequeño,
palillo

pero no sabía el villancejo,
y veo
ahora
que fue oracular: todo
se cumplió,
y casé, ¡lo que son las cosas!, con la bella Amparito

noticia vacilona del chaval



hacen la basura
hembra
del cometa 55P/Tempel-Tuttel: son
sus hijas
gamberras

cada 33 años, para repetir, ¿puede ser?, los que alentó en el mundo mi desastrado señor,
las Leónidas arman la marimorena allá arriba,
pero zumban,
puntuales,
sin tanto jaleo,
en las orillas de todos los diecisietes de noviembre

no he asistido nunca a este calabobos de estrellas,
ni siquiera las sabía,
hasta ayer,
y,
como me recojo con las gallinas,
es posible que no llegue a hacer nunca su curiosa centinela,

pero esta noche,
mientras ellas se iban cayendo del cielo,
las he soñado,
y te avisaba,
desde la calle,
por el telefonillo, que las mirases,
que las mirases

a qué vendrán sólo-
el-
cielo-
lo-
sabe,
pero a uno,
porque lo echaron al siglo cuando rompía el día de su fiesta mayor,
le da por pensar,
¿y si publicasen,
con cumplidora testarronería,
que era yo,
yo?

uterino



sé la dirección exacta de la huronera donde me empecé,
pero no podría describirla, únicamente
deducir un útero alborozado
(¡las albricias del hijo
primero!),
con humos,
algo rabioso,
aprensivo

fue vivero
entoldado,
mi *tohu*
y *bohu*
particular

salí, escupido violentamente de aquella guarida de paredes blandas,
musgosas,
temblonas,
nerviosísimas,
buscando hospital en lo oscuro,
y en aguas que no corran mucho,
con la necesidad de andar todo esto bien ancho,
y el asco a los ruidos del mundo

mamoncete

más quiero el niño mamoso
que hermoso, decían (es refrán
que “trae el Comendador”),
pero yo fui animalico (¡criatura!) que mamujaba muy confundido,
dejaba el pecho, lo volvía a tomar, otra vez
ensayaba,
berreaba

tardaron en acertar mi malaltía, que era
de hambruna:
me cogí al biberón con ansias,
y me quedó,
de ésas,
esta querencia (soy asno
volvedor),
que he sido siempre, siempre, “animalejo
de teta”[1],
viciosísimo galactófago,
niño-de-pecho algo crecidito
(¡mamoncete!)

[1] Andrés de Laguna, *Sobre Dioscórides*, lib. 2, cap. 67.

lapurgademanolito

cero

Es lavatorio gracioso, que te quita del pecado
primero,
el de la demasiada curiosidad,
y procura tu mansedumbre.

Vale la "puerta
de los demás sacramentos"[2],
y te hace hijo de un cristo católico y franquista,
criatura de su Iglesia,
sujetándote a su Ley.

Quisieron que fuera en la Pila muy milagrera de San Vicente Ferrer,
máquina
profiláctica
que estorbaría mi muerte accidental.

Yo recibía, con aquellas aguas que no eran
de socorro,
sino administradas con mucha ceremonia y solemnidad,
el nombre
divino
de Manuel,
el mismo de mi señor
nuevo
(pero era,
claro,
para que repitiese el de papá).

---

[2] Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*.

uno



el hierofante, distraído en el *Libro*,
remojando las orillas de sus faldones en el Jordán
(los cielos abiertos,
o rasgados,
la palabra adelantada de Juan Silvestre, el Otro,
arriba,
que conoce a su hijo),
no nota la maravilla, algunos parroquianos,
tocados por su favor,
sí: mi tía Hermelina,
detrás,
sobre todo,
parece natural (el mundo no ha ensuciado sus ojos: suyo-
es-
el-
reino),
los pequeños,
el Gelo, subido al hombro de su padre, mis primas
más o menos veladas

dos



La tía María pone los ojos alelados,
beatos,
en el cielo barroco de la capilla. Mi padrino,
manolorrobredo,
recela,
me parece, algo,
¿no? Hay
teatro de curas y monaguillos,
y el sacerdote me eleva, dándome
a su Dios.

Detrás, algo distrae,
y hace gracia,
a dos mujeres que serían de mi corro,
y a las que no recuerdo.

Yo parezco, metido en mi ropón de bautismo,
fantástica
pupa
sin sexo,
un insecto
extrañísimo
y perplejo.

tres y cuatro




tres: agua
va,
y observan al crismado con interés,
y divertidos,
los padrinos,
papá
y mamá,
latíahermelina,
mis primas hermanas

y cuatro: soy cristiano
novísimo,
y segunda vez las primas, sobre todo
Juanita, ¿la ves
boquiabierta?,
han advertido algo, ¿no?, rarito, inquietante: alguna epifanía
sin pájara (sí, era
hembra),
ni tardes
que se rompen,
ni tronadoras voces, eresmihijobienamadoblablablá

cinquet



no puedo saber si volaron caramelos
(¡padrinorroñosooo!): conozco
a manolorrobledo y a la tía María,
que me han sacado de pila,
a Juana Moreno, que me sacó del vientre de mi madre,
a la abuelita Carmen,
a miprimamariajosé: sobre todo
quisiera saber a esa dama mágica que no sé y me va a tocar,
o me bendice para luego (¡yuyu: yo, espantado,
he cogido menudo berrinche!)

excrementicio

son, estas cosas, excrecencias
del alma:
sus estupendas heces, decía,
su escoria, sus escamas, su espuma, su baba,
su roña, decía, sus legañas

anal disorders

no con la *n* doble medianera, que dio
nuestra *eñe*, no, voy
al que se dice (¡cochino!) con una sola *ene*: al *anus*
horribilis, o *mirabilis*: el ojete
del culo
como sede (¡palacio!) del horror,
y de la maravilla:
un agujero negro cuya fuerza de gravedad curva el espacio y el tiempo,
y fabrica un horizonte de sucesos,
una fuerte extremadura que te separa del mundo
de este lado: uno,
si cayera dentro de él, como segunda
alicia,
no podría sino caer,
caer
aún

secretas demasiado públicas



y sí, yo padecí mucho,
de pequeño,
de estreñimiento,
de modo que hacen el orinal, y los supositorios de glicerina,
los atributos, o predicados (los complementos circunstanciales),
de Manolico

despúes,
qué cosas,
fue pasando la vida y me enfadó el colon,
volviéndolo delicado
y nerviosísimo,
tanto
que barrunto que la terminaré vaciándome en las orillas cenegosas de algún retrete

crecedero

> "*Crecedero*. Se dice del vestido que se hace para algún niño, más largo y cumplido de lo necesario, para que le venga quando vaya creciendo."[3]

he vestido, este librico que ya va adelantando, con ropa
crecedera,
bien amplia,
que uno no sabe hacia dónde irá a estirar

pues también figuradamente conviene llevar, para todo esto
(para andar la vida,
digo),
camisa crecedera

[3] *Diccionario de Autoridades*.

quitapesares





¡Virgen (paradójica: parida
y jodida, pero yo, de esto, pobre
tonto,
qué sabía)
del Consuelo!
¿Qué noticia me descubrirías, mamá,
del mundo (de la vida),
para esforzarme y que dejase,
por esa vez,
de llorar?

sería, creo yo, revelación
doméstica,
que estabas ahí, estoy
aquí,
y vuelve
enseguida
papá

…toda mi complacencia



éste es mihijobienamado, en el cual he puesto
toda mi complacencia

te divertía citar para mí estas palabras cogidas al dictado de Yahvéh,
con voz tronada
fingida: con ellas
me conocías

aquí hace las veces del Jordán esa fuente municipal,
en una plaza de Alicante que no sé, y vale
lablancapaloma (el pájaro
bobo)
el guardia urbano, con su uniforme añossesenta

fantasías de hijo único



el primero no sabe imaginar (no
recela)
que pueda acabarse alguna vez su fantasía de hijo
único,
y queda prisionero, para siempre,
en lo que Deleuze y Guattari llamaban, en el *Anti-Edipo*,
"la idea
Kodak",
el triángulo feliz,
tonto,
tú, el papá, tú,
la mamá,
yo,
el *nene*

alfeñicado

¡fuera,
mi escritura,
alfeñique, pasta
de azúcar,
untada en aceite de almendras,
suave,
sutil
(quebradiza),
que pudieses chuparla como pezón,
y aliviase los catarros de tus tres o cuatro almas!

lascarasdebélmez

fue *materia*
de capullos, *caso*
que investigamos Máiquez,
Pedreira,
Peñuela,
Pajuelo
y yo,
los redactores
pollos
de *El Universo*,
el periódico que armábamos en quintocé para César, nuestro maestro
mejor,
en el cuartel de Patraix,
con el socorro algo guasón de los guardiaciviles

aquí uso estas teleplastias famosas,
paletas,
como gayato de este *mester*
de chaladuría

se abocetan, y se desdibujan luego
luego,
en el suelo inseguro de los sueños, también
en éstos, que parecen más ciertos, de nuestra vigilia,
estas otras carasdebélmez,
los movedizos,
infirmes rostros de toda la gente que he ido perdiendo

desde la explanada de Alicante



sé que nos fuimos a vivir, al poco de nacer yo,
a tu *terreta*, sé
como *historias* casi fantásticas,
algunas cosas de esos meses,
el piso en la plaza de los Luceros,
las madrugadas en la Lonja de Pescado
(es que verraqueaba,
sólo me calmaban esos paseos), también
esto,
que trajisteis con vosotros, ese verano del 62,
a pasar unos días,
a mi prima María José

la fotografía, que harías tú, papá, claro,
nos repite en el escenario (el mar
en el suelo,
las palmeras en sus orillas)

donde echa a rodar el cuento que más nos gustaba oírte,
el del monitodelaexplanadadealicante

todos los que me asegurabais en esto (en todo
esto)
aquella tarde
faltáis
ahora

monstruo algo burro de dos cabezas



manolocabezabolo con un palito se tiene
solo: era
mi *hosanna* (bueno,
el motete con el que me saludaban)

ya he dicho el nombre,
nuevo
y significativo,
que gané, también en Alicante,
en casa de mis tíos,
de Manolico Chupa-Chup

es que siempre parecí flaco,
y tenía la chola muy gorda

metía la cabeza por entre los barrotes de la barandilla del balcón,
en el piso de Vila Barberá,
un sexto con ascensor,
y me costaba dios y ayuda sacarla después

y muchas veces, al subirme la cremallera de los pantalones cortos,
después de hacer pipi (que yo
nunca he meado),
me pillaba la chufa (quiero decir,
el capillo),
uf

conque ya ves,
he gastado siempre los dos cocos (el que traigo al descubierto,
el encapotado)
demasiado curiosos
y trompellots,
y continuamente se me descabeñan en los coños literales
y figurados
del siglo

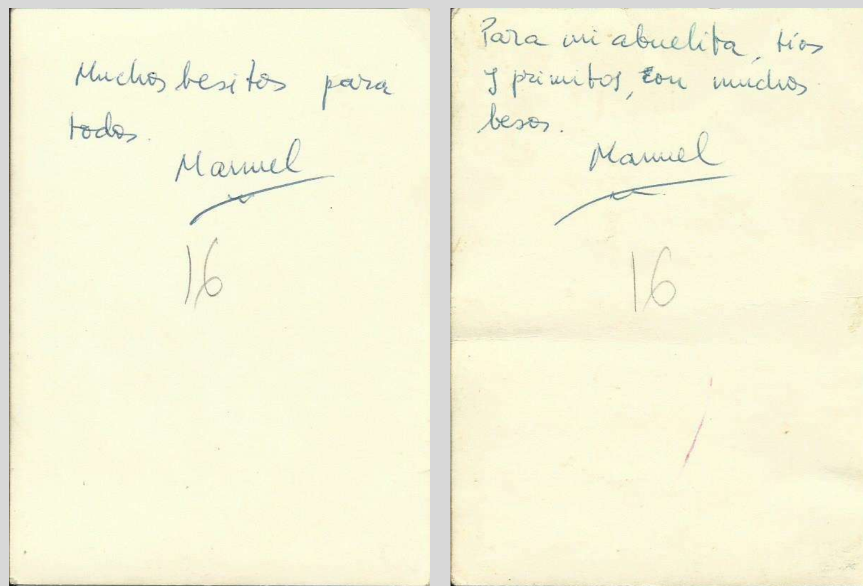
por las postas

dio mi padre a los cosarios uniformados y con gorra
de plato,
y con saca,
el año 63, o 64,
para que corriesen las postas, entre Valencia
y Alicante,
dos fotografías
kodak
que quiso que valiesen *cartes-*
de-visite




en la de la izquierda estoy en el balcón de Vila-Barberá,
cabía dentro de esos macetones

era mamá, ¿ves?, muy
de sujetarme los pantaloncitos con tirantes: en ésta,
dedomingo,
traigo en la mano la merienda, y sería
panaceiteysal, que no toleraba yo otro yantar



el cariñoso texto,
la firma,
la letra
estupenda,
son, por supuesto, de mi padre,
mi apoderado
mejor

ascensor
muy pesado

en esta pesadilla
industrial,
que me fatigaba a menudo en mi infancia,
me veía encerrado en uno de aquellos ascensores antiguos,
rococós,
de madera y hierro forjado,
con el espejo de cobre,
la máquina copiaba,
me parece,
la del edificio de manolorrobredo, mi padrino, en Pintor Benedito,
la caja subía,
subía,
como subiese
todavía
iba a traspasar el cielo de cemento,
y era,
por eso,
ascensión
horrorosa

y otros sueños volanderos

tengo entendido que es un sueño común a nuestra especie,
con variaciones:
en mi caso particular yo,
de renacuajo,
me veía revoloteando,
o flotando en el aire,
cerca de la lámpara del comedor,
como si hubiera sido,
en avatares anteriores,
no halcón,
ni garceta,
ni tordo,
sino una palometa algo gilipollas

…y tres



me entré en mi tercer año con pajarita
y dando palmas,
porque me rodeaban Álvaro y Antonino, mis dos amigos primeros,
y mi hermana pequeña, Eva,
y Gelo y Mariajosé (tiene,
me parece,
a Juanamaría en brazos),
mis primos más cercanos,
y porque me han presentado,
para regalarme,
un avión, un coche y una ambulancia
que dicen, mira
si no
los modelos,
mi antigüedad,
y unas botas con cordones que ataría con mucha dificultad,
y, tal vez, porque estás tú ahí, delante, detrás
de la cámara,
documentando para después mi venturanza

“tan formales”



nunca he ido, me parece,
tan formal: la gorra
de cuero,
la camisa abrochada hasta el último botón,
con pajarita (pero sería, ¡qué vergüenza!,
de las que se ataban con una goma),
chaqueta,
botas de hombre
cabal
y esos calcetines que llevaba tan a gusto,
con orgullo,
me acuerdo muy bien

me desarreglan algo,
me roban un poco de garbo, estropean
al *dandy*,
los pantaloncitos cortísimos,
el flequillo,
el camión de juguete,
la sonrisa que publica sin ninguna pudicia mi felicidad

a las familias



supe en una baraja de Heraclio Fournier
la familia
(pero en las de mis dos apellidos faltaba el abuelo
macho)
y las siete naciones que aquellos naipes resumían, a saber,
la de los indios,
la de los mexicanos, con equis,
la de los esquimales,
la de los árabes,
la de los bantúes,
la de los tiroleses,
la de los chinos

y yo prefería (y esto,
me parece,
apunta cosas de algún momento para acertar en lo que soy)
a los negritos,
a los apaches, o comanches,
a los que se construyen sus apartamentos con ladrillos de hielo

sobremesa



sobremesa (haríamos la digestión de arena
y arroces)
con manolorrobredo (¡mi padrino!)
y mariladerrobledo,
que fueron,
con juanamoreno y pepito-el-de-juana,
con rodolfo-
y-
aurelia,
sus amigos
primeros,
mejores

hacemos figura (y figurón,
y figurín)
de la familia que ordenaban los-años-sesenta,
y el Ministerio de Planificación y Desarrollo,
para la clase
mediana

comenzabais vuestras *Casas*
como toca: que fuera el mayor chico,
cojonudo,
y luego,
para tener de todo,
una nena,
va: los palazón,
en avanzadilla,
ya hemos cumplido: papá
me tiene sobre sus rodillas,
Eva duerme en brazos de mamá; los robledo (pero no lo saben aún)
también: Mari, embarazada
de hembra,
guarda en su regazo a Alvarito

entran (salen
a escena) los *baby-boomers* para llenar,
con sus basuras
nuevas,
esto,
la españa de los dofines y los guardias urbanos de blanco,
la de los padres-agustinos que juegan al fútbol en el patio con las sotanas arremangadas

miramos,
aquí,
todos
en nuestras suertes
seguros de que nada podía estropearlas,
nada

a remo y sin sueldo

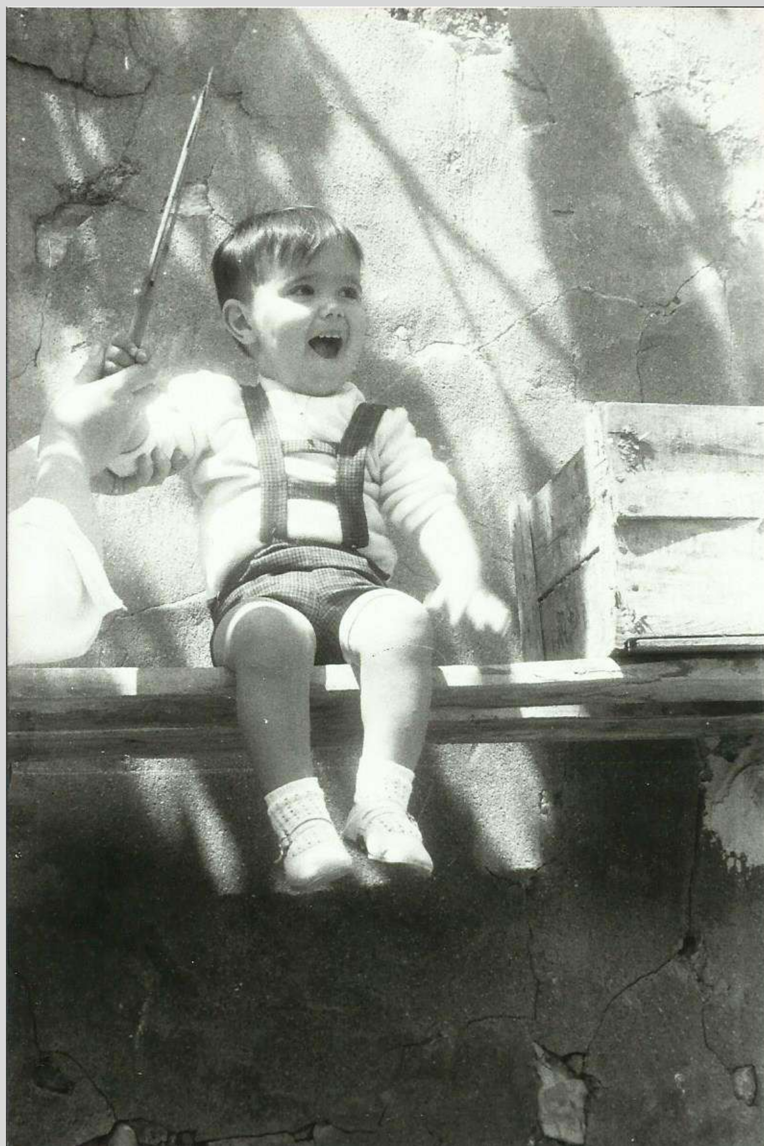
ciertamente trabajo en esto
(pero me parecen
trabajuelos)
a remo
y sin sueldo,
aun con grandes costes,
y desde luego sin ninguna utilidad,
pero son galeras
muelles,
deliciosas,
sin hierros ni ministro que las arrease,
y soy,
echado en ellas,
su chusma
feliz[4]

[4] *Diccionario de Autoridades.*

barajas familiares (por parte de madre)

conocimos los naipes bobos, sin fullerías, la brisca,
el cinquet,
el chipirrinillo,
mi hermana Eva
y yo,
en la casa de Turís,
los pies arrimados al brasero de la mesa camilla,
con la abuela Dolores y la señora Encarnación,
y pensamos que la vida se jugaba así, bonadona,
bonadona,

segundas *mocedades* del Cid



valen, el andamio, en el corral de Turís,
mi bruto
famoso,
la tapia desconchada,
detrás,
el decorado de mis teatros épicos,
el cajón de fruta, fantástica
arca;

uso,
en lugar de yelmo con penacho,
flequillo,
y arreo sin coraza
ni escudo;
el paquete, que disimulan los pantalones cortos,
sujetados por tirantes,
hace mi blanda cojonera;
no calzo espuelas, sino esclavas
de bobo
y calcetinitos blancos de punto;
no me sirve de escudera, y maestra
de esgrimas, dama-del-lago
mágica,
sino esta labradora del río Magro,
mi prima Juanita

finjo torpemente (demasiado divertido) un gesto fiero,
pero los dientes que enseño son
de leche,
y la espada de juguete (¡caballero
mamarracho
y feliz!)

la cambra

en ca la tía Hermelina, en Turís,
se subía a la cambra desde el corral,
y hacía,
con sus trastos rústicos arrimados,
y su suelo, y perfume, de algarrobas, y tabaco,
mi paleto país-de-nunca-nunca-jamás, Tierra
de Maravillas algo churras:
el abuelo Antonio lo llamaba
“l’allárriba”,
y era con mucha propiedad,
que fue, érase
una vez,
nuestro cielo apartado

arrieros (no) somos



rusticábamos en Turís, y fuimos esta vez,
mi hermana Eva y yo,
iba a decir "aurigas", por asemejarnos a los campeones de Troya,
pero es voz que, "fuera [de la Poesía]",
juzgan "afectación extravagante
y ridícula"[5], cocheros,
entonces,
o, más a lo villano,
asnerizos emocionados
y algo asustadillos:
subidos al carro que ocupaba, cuando descansaba,
el comedor de la planta baja de la casa de la tía Hermelina,
arreábamos (pero era
teatro)
al macho del tío Juan,
aquel "hijo del caballo
y burra,
o de yegua y asno"[6],

---

[5] *Diccionario de Autoridades.*
[6] *Diccionario de Autoridades.*

que guardaba en el corral,
vecino frontero de un gorrino,
y,
pared
con pared,
de los pollos y conejos que servían para la paella,
y se estimaba tanto,
tanto

asegurado por mis primos mayores



aquí (pero me servirá
para siempre)
mis primos
mayores,
mimariajosé, mijuanita, elgelo (quiero usar los títulos que les daba mamá),
se han subido conmigo a los altos del corral de Turís,
por que pueda atalayar,
bien defendido,
todo esto,
la vida

masonerías





sabéis mi torpísima *tekhné*, que tengo las manos,
como la inteligencia práctica,
burras

sólo mis privados conocen mi vocación
primera,
que quise ser, cuando gastaba los pantalones cortos,
como Pepe “el Rollero”, el de Alborache,
albañil,
sobre todo mezclar,
en un capazo,
barros que podían mucho,
mucho

no seguí ese oficio, de mandil
y compás, sino este otro,
sucio,
que pringa,
de ahí que

jacinto de compostela

entonces no sabía su fórmula, SiO_2,
ni su origen magmático,
tampoco había reparado nunca en la flor
marica
de su nombre, o en su peregrino apellido,
no se me daba nada que apareciese en su forma perfecta
(el prisma hexagonal,
apuntado por dos pirámides de seis lados),
o amontonado en el follón de la piedra; sin embargo,
sólo él me importa,
entre todas las especies minerales,
el Jacinto de Compostela,
porque es levantino, sobre todo
porque papá paraba el dofín blanco,
o el simca mil que repetía el color de la estupenda piedra,
en alguna cuneta,
cerca de Alborache,
y lo recogíamos en las faldas coloradas, terrosas, del barranco

delirio de Puck



es el-sueño-de-otra-noche-de-verano de otro Puck,
el duendecillo gamberro que sigue con torpeza en los teatros a Oberón, señor
de hadas

con un cuchillo papá descarnaba la sandía,
le vaciaba los ojos,
la boca,
colocaba una vela encendida en su estómago,
le ataba unas cuerdas, que sirvieran de asidero,
y hacía el estrafalario cabezón nuestro farol lazarillo,
la noche inquietante,
bruja,
de sanjuán,
y
luego,
siempre
ya,
en lo oscuro

ninfa de secano





quitando algunas hanegadas secas en el Oroque,
que saluda una garrofera cansadísima,
el abuelo había perdido todo,
la casa, las tierras
mejores,
y quiso papá que mamá tuviera
sitio
segunda vez
en Alborache

en el patio del chalet empezado
mandó que levantasen,
lo primero,
un columpio

yo gasto el traje
y la gorra de un capitán
de barco
infantil, pijo,
que no pegan con el paisaje,
y unas botas pascueras que calzaría orgulloso

pero esa chiquilla morena
con zapatos de boba,
la niña de las trenzas que se sujeta el pelo con una cinta,
algo mayor que yo,
¿qué pudo?

arriba
me mira
(¿puede ser?) con curiosidad
traviesa
y divertida,
abajo, mientras Eva se columpia,
guardamos turno
y contemplamos con ojos melancólicos el vacío, algo,
supongo,
que quisimos y nunca fue

olvidé a esa nena
(¡y era
tan mona!),
pero sé que que tuve noticia
entonces
del juego de la botella,
y soñaría,
seguro,
que la alcahueta de cristal nos arrimaba

hoy finjo
(es pasatiempo algo triste)
este otro primer amor con mi rústica vecinita

(pero mamá, leyendo
esto,
me ha corregido, no era,
la nena,
hamadríada de los columpios,
sino Susana,
la hija de unos amigos de mis padres,
y sí,
me parece que anduve algo apichonado por ella)

juegos
que no

de pequeño,
en Turís, en *ca* la tía Hermelina,
con mi hermana Eva,
con la abuela Dolores,
con la señora Encarna,
alrededor de la mesa camilla,
los pies arrimados al brasero,
a la brisca,
al cinquet,
al chipirrinillo,
en casa,
no me acuerdo muy bien con quién,
a los juegos-reunidos-géyper menos aparatosos,
sobre todo,
en mi soledad
muelle,
con los cochecitos,
con los soldaditos,
con las barajas mezcladas que servían para todos mis teatros,
pero nunca llegué a jugar, *pobret*,
a la botella,
fuera de mis fantasías
bobaliconas

de arena



se cría en las orillas de nuestras vidas una arena menuda,
que desata lo que somos,
deshaciéndolo en minerales extraños

yo ando descalzo mis playas primeras,
y segundas,
lleno con aquellas hijas de la piedra una botella de vidrio, y vale
un poema,
a ver,
que arrojo luego a vuestros mares

de los chicles-bola



eran distintos de los demás, los chicles-
bola,
en esto,
que no los comprabas en el quiosco,
que venían en varios colores,
y la casualidad dejaba en tu mano uno verde,
rojo,
amarillo,
azul,
blanco,
rosa,
en esto,
que tenías que romperlo con los dientes,
antes de darte a su masticación

sólo ahora caigo en el diseño de la máquina expendedora,
la nena de las trenzas con lazos aupada descuidadamente para meter la peseta, el bolsito
arrimado,
el chucho,
que espera que caiga la golosina meneando el rabo,
y repite nuestra baba,

hijo
bastardo,
monstruoso,
de Goofy y la perra viciosísima que dio al mundo,
en otro cuento,
a los 101 dálmatas

golosinería

padecí algo de *golosina*,

aquel “apetito desreglado de comer sin necesidad” cosas que sirven “más para el gusto,

que para sustento”[7]

no decíamos (no
había) la palabra *chuche*: hicieron
nuestras golosinas
los chicles Bazoka, o Bazooka,
de cuatro o cinco pisos circulares,
los chicles negros,
los Cheiw, que fabricaba la pastelería alicantina Damel,
los Dunkin, que venían en paquetes con figuras de fieras del zoo (yo
me acuerdo de un oso hormiguero),
de Astérix y Obélix,
los chicléts,
los caramelos sugus (éstos ¿qué eran?, mestizos, ni-
pechuga-
ni-
merluzo),
los que repetían, en su figura
y en su dibujo
y en su tintura,
una rodaja de naranja,
de limón,
los cigarrillos
y las monedas
de chocolate (éstas
envueltas en papel de oro),
las pipas Churruca,
las pastillas de leche de burra, que compraba en la calle Albacete

[7] *Diccionario de Autoridades.*

(añadían a su sabor dulzón la gracia de sus apellidos rústicos),
no me gustaba, aunque la mordía a veces, la regaliz,
esa especie de caña
con baba
y pelambre; mucho menos los puromoros,
en los veranos los polos de hielo, los caseros,
de leche merengada,
que hacía mi prima juanita,
los cami
y los crocanti,
en los recreos sobre todo el flashdenaranja,
las tiras de caramelos de coca-cola,
que compraba en tiras que no quería que se terminasen nunca,
nunca,
el susú

en casa mamá nos regalaba (a mis amigos también)
con choleck de chocolate o latas de surtidos de galletas
(pero sólo nos comíamos las que venían envueltas en papel de plata azul, verde, granate)

hoy (casi,
desde que llevo largos los pantalones),
para beneficio de mis muelas,
y por no enfadar al estómago,
y aplazar, o debilitar, migrañas,
evito toda suerte de chucherías,
y no las echo de menos,
pero una tarde de éstas me armaré de valor,
pondré mi vida en el tablero,
y merendaré pan con chocolate,
a la mierda saludes que de todos modos son intermitentes,
y provisionales

easyrider



andar (ir por la vida
apeado) ¡parecía
tan poco!

pero uno aprende sus vehículos escalón
a escalón,
yo,
por ejemplo,
empujaría primero por el suelo el doscaballos de latón,
cruzo,
después,
el pasillo,

mulero (¡Hosanna!),
cogido de las orejas del burro con ruedas,
arrastrándolo con los pies,
me llego por fin con el triciclo al comedor de Vila-Barberá,
y,
en Los Viveros, que hicieron mi jardín-
de-
las-
delicias
tontas,
de chiquillo,
piloto el esqueleto de un coche a pedales (pero ¡envidiaría, ¿no?,
el alazán de Alvarito,
y sobre todo su estupendo bólido con el número 5!).

en Los Viveros



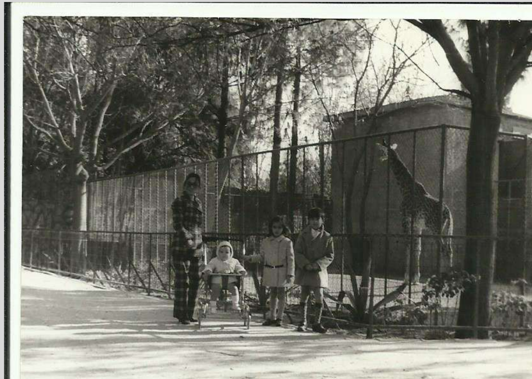


yo creo que tú te entrabas con el Dofín blanco en el Parque (entonces
se podía)

sé de Los Viveros exactamente las sillas que servían
para el aperitivo,
y el zoo
horroroso, y sé
que aprendí en ellos todas las especies de bicicleta

sé sobre todo, de Los Viveros (y sería,
¿no?,
lo primero que pedíamos que nos comprases),
aquellos atadijos casi perfectos,
de papeles de colores, rojos,
azules,
amarillos,
verdes,
que guardaban alpiste:
los desanudaba papá,
o mamá,
y venían luego
luego
a comer en nuestras manos las palomas,
y parecía,
entonces,
que importábamos a aquellas criaturas que podían mucho,
el cielo

¡nombrar a la jirafa
nueva!

hizo la parte de Yahvéh la Cerveza
Turia,
y mandó que pusiésemos, los niños
de todos los colegios de Valencia (segundos,
emocionados adanes),
nombre
a la jirafa chiquilla que traían al zoo,
y ganó (apunta
tongo,
¿no?),
Turita

el bautizo tuvo fiesta espumosa en Los Viveros, y padrino
mariquita
y cantor,
Raphael

no sé cuál quise darle yo, pero fue, me parece, aquel nombre
que se perdió,
aquel significante sin *cosa* detrás,
o debajo,
mi primer encargo de poeta,
divinal

carreras de galgos



lo mismo que pasa con otras cosas,
no sé si esto lo encuentro en el fondo del almacén
dudable
de la memoria,
o será invención interesada,
que conviene a los cuentos que me cuento para armar lo que soy,
pero me parece que me llevaban,
de pequeño,
a las carreras de galgos

el canódromo estaba en la Avenida del Puerto,
y los perros empezaron a correr detrás de una liebre de pega meses antes de que yo naciera

recuerdo también, o fabulo,
el disparo motor, el asustado
conejo
mecánico,
las prisas de los chuchos con dorsal numerado,
con sus hipidos,
el ruido nervioso de los que apostaban su suerte
mezquina
a un galgo

no están papá y mamá, y otros,
que podrían certificar esto,
pueden
poco

faltan los que guardaban estos documentos,
mis notarios,
los fieles de fechos que pesaban las monedas que daban realidad a mis *historias*: sin ellos
se vuelven éstas inciertas,
hijas
naturales
de la fantasía

Hércules Cortés



me habías llevado alguna vez a un combate de lucha libre americana,
en la Plaza de Toros de Valencia,
y aprendí de ti la *doble Nelson*, llave
que me parecía poderosísima,
y nos divertía remedar a los brutos del ring,
sus violencias de circo

en el verano del 71, en Sabas,
en la piscina,
me enteraste de la muerte de Hércules Cortés (coño, gastaba
el nombre de tu equipo, y el apellido
solitario,
dudosímo,
de tu abuela Manuela,
cómo no iba a ser tu campeón
particular),
que conocerías por la prensa, y fue (esto
lo sé ahora)
en una carretera de Ohio

cumplías, con todo ello, tu ministerio doble
y paradójico,
decirme, ¿ves?, arman la vida curiosidades muy variadas,
y son, todas,
acabables

tontorrona numismática

no eran dinero,
ni servían: valían todas las monedas
(las dos maneras de chavos,
las de dos reales, tonsuradas,
las rubias más o menos sucias, con las caras
menguantes
de Franco, parece, burlaban las coplas, un requeté,
o un coronel,
y el pajarraco en el otro lado,
las de dos cincuenta, de cobre, grandotas y morenas,
los duros,
las de cien pesetas, de plata, de las estrenas)
mis juguetes

practicaba una numismática, creo yo, neurótica:
no se me daban nada la antigüedad,
la ceca,
los metales de la perrada:
miraba, en sus dibujos estropeados,
en sus orillas gastadas,
sus *historias* privadas: eran,
en fin,
aquellos menudos,
la calderilla que alimentaba el *jukebox* de mis fantasías,
to see if it would play my favourite tunes

cuánto falta

(jugábamos a esto
o lo otro,
a los coches,
a armar batallas con soldaditos de plástico que venían en sobres, yo
prefería a los americanos
y a ésos de las nieves,
sobre todo a los médicos,
a los médicos)

"¿Cuánto falta?"
"Un ratito."

(los papás daban cuerda a relojes que no queríamos que adelantaran,
decidían el marco temporal de nuestros fueros)

breakfast at Vila Barberá's



re-cuerdas, o sea, despiertas,
como puedes,
haces,
lo primero,
pipi,
y luego tus abluciones,
y,
con el desayuno,
cumples los gestos que rompen la mañana y señalan que comienzan otra vez el mundo,
y la vida

aprendiste muy pronto el desayuno
reposado
y llano,
el tazón de colacao (rebosaban las magdalenas,
o mojabas,
muy entretenido,
procurando que no se deshiciesen,
las galletasmaría),
o, si era domingo (literal
o figurado), chocolate con churros,

o el plato de leche fría,
con sopas de pan,
que copié de miprimogelo,
o las tostadas con aceite y sal

era, también
ésta,
tu hora
feliz,
your *happy hour*

pero aquí (pero
aquí)
te has sentado a la mesa desaseado,
y miras, me parece, con ojos legañosos, inseguros, eso,
todo esto

doy parte

sales de fábrica pitando,
pero para hacer cabalmente tu peritaje habrás de dar parte de las incidencias
y accidentes
que han ido abollando la chapa,
envejeciendo el motor

class of



la fotografía de la clase de *párvulos a* está tomada en el patio, con torpe aparato
teatral: la alfombra en el suelo,
las butacas tapizadas disimulando el banco corrido,
las corbatas, y las varias maneras de pajaritas, con lazo
idiota,
de goma (todos
las gastan
menos uno: su bravura, o su peligroso despiste, fijados para siempre)

Allen Ginsberg aullaba las suertes de ángeles
derribados
de los de su generación; yo
apunto
nuestra histeria
común,
que nos desarreglaría (el horror,
el horror)

míranos: firmes, subidos
a una bancada,
o sentados de dos en dos en enormes, señoriales
sillones,
y no tocábamos, pobrets, con los pies, el suelo
de la vida

miprimeracomunión

traje



una vez confesado (serían pecadillos
idiotas),
el padre Manuel Mecández me convidó a un desayuno
divino
y comunal

éramos, todos, chicos, sólo había una nena, pobre, sería
la hermana de alguno de mis compañeros: iban,
casi todos,
de marineritos,
yo,
no,
preferí llenarme del hijodediós en hábito de sacerdote,
vestir la sotana, con cordones
y sandalias
(la ropa, como el calzado,
me estorbarían en el partido de fútbol que improvisamos después en el patio de los Agustinos)

dote





recibí, con aquella moneda de harina maravillosa que alquilaba una casilla en el cielo,
estampitas (con ángel macho, panadero,
y angelica con bodega),
una sortija que sellaba, con mis iniciales, mi contrato
nuevo,
y un reloj que decía las horas en el siglo

accidentes de la Eucaristía

*****

recibías la forma que resumía a Jesús con los ojos cerrados,
como el primer beso

*****

toleré decir a otro (al *Otro*, camarero
de miseñor)
apartadamente,
desde detrás de una rejilla,
mis faltas,
mientras fueron veniales, y no pisaban
el sexto,
he desobedecido a mis padres, me he reñido
con mi hermana,
después comulgaba con aquel papelillo
cereal,
y hacía una digestión suavísima,
que me confortaba,
del cuerpodecristo (otra vez era,
por un ratito,
bueno)

*****

era pasto brujo,
tremendo,
que repetía, ése, digo,
del pan ázimo: eructabas,
y el regüeldo te dejaba en la boca un regusto al Dios católico,
preconciliar

botas de agua

yo tenía botas de agua
negras
de chico
que gastaba con mis pantalones cortos
y servían,
los días de lluvia
y colegio,
para la felicidad de los charcos
(entrarme en ellos,
chapotear,
era una de mis mayores aventuras, mi gamberrada
mayor,
¡alma de cántaro!)

el yo-
yó

es novedad
muy antigua,
capricho universal que, como el ingenio mismo, asoma
un momento (una
estación)
y se desparece luego
luego

es juguete (“*jou-
jou*”)
malabar,
y,
como llegues a dominarlo,
podrás hacer con él volantines,
y representar comedias brevísimas,
la del niño dormido (arrullándolo antes de devolverlo al carrete),
la de pasear al perrillo

aquí estas maquinitas se pusieron de moda cuando yo tenía ¿diez,
once años?

recuerdo que la *Coca-Cola* armó con ellas un circo musical en el patio de los Agustinos,
y vaciamos enseguida de yoyós el quiosco de la calle Albacete,
frontero del colegio

yo,
con el yoyó,
podía muy poco,
que bajara el platillo sin ningún donaire,
y rescatarlo
después,

cuando la cuerda no se enganchaba en su eje

pues repite muy bien,
esto que alcanzaba yo con aquella vaina,
mi desmanotada infancia, y mi impericia
general
para el siglo

a las canicas

yo no supe nunca jugar cabalmente, siguiendo
sus ordenanzas,
a las canicas;
tampoco me importó mucho:
me bastaba volcar en el suelo el saquito donde las guardaba,
sostenerlas en la palma de la mano,
estudiar las mudadizas constelaciones que se dibujaban en sus esferas mágicas, de cristal

campos de fútbol

Muy pocas veces he jugado en un campo de fútbol
de ley.

En el patio triple del Colegio de los Agustinos valían,
para nuestro fútbol con balón más o menos reglamentario,
los dos campos de balonmano,
y, para el que practicábamos con la peloteta de trapo que comprábamos en el quiosco,
cruzando la calle Albacete,
la pista de hockey sobre patines,
y todas las columnas,
las que sostenían el edificio porticado
y las que punteaban la tapia que nos separaba del inquietante,
arruinado
convento de monjas
(las dos chirucas,
cruzadas,
bastaban para defenderla).

Otras porterías las improvisábamos con las carteras del cole,
o dos montoncitos de libros,
o de abrigos,
dejados caer en cualquier sitio medido a zancadas
(el larguero era a menudo una convención imaginaria,
de caballeretes).

derramamientos

vale
esto,
también,
la escritura:
derramar lo que soy, esparcirlo, que desagüe, desmandado,
en tus mares, entrarme en ellos
desmenuzado,
y perderme[8]

[8] *Diccionario de Autoridades*.

latíamaría



latíamaría hizo el blando
suelo
y el cielo
seguro
de nuestros años primeros
y segundos

mecánicas (dos)caballerías



mi hermana Eva y yo nos reímos con risas francas,
dentudas,
que publican nuestra felicidad común también ahí (¡huy,
la aventura de llegar a sentarnos en el capó del doscaballos del tío Ángel!)

ca la tía



ca
la tía
vale
las dos casas de la tía María

En el principio (también, en mi principio) fue
la calle Molina.
Allí tenían mis tíos la casa
y una pequeña industria doméstica.
Yo recuerdo un cuadro en el comedor de aire inglés que gastaban
(¿puede ser?)
todos los salones de España
(la perrada acosando al ciervo),
un cuartel con garita
y,
en su esquina,
un quiosco donde compraba chicles bomba de varios pisos,
un puesto de regaliz,
una era,
a mi prima mariajosé en traje de colegiala.

Luego estaba el piso de Ausias March:
tenía el edificio a su derecha un marjal ,
y a su izquierda
un solar,

y en éste dejó miprimogelo que armase con él y con sus amigos
(mayorotes
todos)
una cabaña que amueblamos con cajas e iluminábamos con velas.
En ella no hacíamos mucho, solamente éramos
felices.

El Gelo me hizo también de su milicia, y fui
su alférez.

En la planta baja del edificio estaba el Club 33,
y yo babeaba detrás de las faldas de las extrañas mujeres que entraban en él.

Arriba,
en el comedor,
desgranaba los racimos de cosillas de plástico que mi tío Ángel traía del taller en sacos de arpillera,
miraba en los discos legendarios de mi primo,
John Mayall,
los Beatles,
Serrat,
Quilapayún,
Simón
y Garfunkel.

ir a la calle molina,
o al piso de la Avenida Ausias March,
era
un poco
veranear

estupendos trabajos caseros

el tío Ángel traía al piso de Ausias March,
de sus talleres familiares de la calle Molina,
un saco con arbolillos de plástico, y nosotros,
sus aficionados sobrinos,
en el comedor,
ayudábamos en la recolección de sus frutos,
que vaciábamos en otro saco

también en las orillas de latíamaría desgranábamos a veces (por que sirviesen
luego
como garrofón)
judías,
y la vida, y la vida

dumb waiter

calatía, no la primera, la de la calle Molina,
sino la segunda, en un noveno, en Ausias March,
en la otra orilla del puente de Giorgeta que yo cruzaba
(¡me parecía menuda aventura!)
para llegarme hasta vosotros,
gastaba una curiosidad muy moderna en la cocina,
y era que había un aparato blanco con teclas negras que figuraban el 1 el 2 el 3
el 4,
cada número te comunicaba con una habitación, así,
si llamabas,
por ejemplo,
desde el dormitorio de matrimonio,
saltaba el 1,
y podía la criada (pero no tenían)
atender a la señora,
al señorito

¡poder llamar, pongamos, desde el cuarto
del Gelo, a la latíamaría, que vinieras
aún!

*****

Se todos fossem iguais
a você,
eran las cinco menos cuarto de la mañana,
oía el casete en el fordfiestadesegundamano,
en la Alameda,
delante del cuartel,
antes de entrarme en el edificio,
atravesar el dormitorio/vomitorio de los reclutas,
sacar de la taquilla el subfusil, iba
en traje de escolta,
el casco, en el asiento de al lado, y las cinchas, olían a canfor blanco,
yo (la mili me desastró, con otras cosas,
el colon que traía ya,
de fábrica,
histérico)
tenía retortijones de barriga,
algunas putas merodeaban entre los coches,
que maravilha
viver,
y yo sabía que lo decían, Vinicius de Moraes,
Maria Creuza
y Toquinho,
en *La Fusa*,
de latíamaría,
le dábamos, aquellas últimas semanas, torpe hospital
en casa, era
nuestra loca (pero no,
no)
nueva,
familiar

demolición

para contarme, estos trabajos, digo,
ir desgoznando las puertas y las ventanas,
y quitar las tejas que me reparaban
y defendían,
y derribar los techos de mis edificios,
y deshacer las tapias que los cerraban y escondían y estorbaban[9],
y vaciar los cimientos que me sostienen,
y arruinar la piedra fundamental de lo que era

---

[9] *Diccionario de Autoridades.*

el mayor del señorito



el título de criadas valía,
con algunas de ellas,
doblemente,
pues entraban en casa cuando eran muchachas en cabellos y crecían dentro de ella,
y se ocupaban en cebarnos y amaestrarnos

porque no la sé digo
a ésta,
que me acompaña en la playa coruñesa de Perbes (y Sada
al fondo,
lo ha apuntado mi padre en el dorso de la fotografía)

aprendo
de nuevo,
de mi madre, su nombre, maricarmen, y que fue hija
gamberra
de Alborache,
y soñaba, y tentaba, a papá,
y la mató su último
chulo

¿cómo puede ser que haya olvidado yo a maricarmen,
si hembrearía,
estoy seguro,
mareado por el trajín de sus faldas
y de sus manos?

estrenas

los gentiles regalaban con estas propinas en los días que llamaban
geniales,
y dedicaban a Saturno,
para su año
nuevo,
y los hijos del Cristo saludan con ellas esta otra pascua, que ha nacido suseñor,
y se empieza todo esto segunda vez

mandó el Concilio Altisiodorense que no se diesen aquellos “aguinaldos” que juzgaban,
porque acariciaban al dios
viejo,
que desgobierna las horas,
“diabólicos”,
pero la costumbre es muy cabezona,
y en ca la tía,
después del cocido de navidad,
papá
y el tío Ángel
nos daban las estrenas

con la moneda fresca de plata, de cien pesetas, del 66,
pagábamos la entrada en el comercio del bravo
nuevo
mundo
que rodaba
aún
a la vuelta de aquella otra esquina
feliz

juguetería

porque mis primos, y los hijos de sus amigos mejores,
lo tenían,
mis padres me regalaron un scalextric que usé muy poco

me parece que observaba con curiosidad, en alguna casa familiar,
un tren eléctrico, la locomotora,
los vagones,
las estaciones

pero jamás quise (y no tuve casi ninguno)
juguetes mecánicos, con pilas o batería,
cables,
motor,
cacharros que tuviera que montar,
y desarmar
luego,
modelos de aviones,
o de barcos,
construcciones,
madelmanes con armario:
me faltaban la paciencia
y dedos

prefería,
para distraerme,
los botones que buscaba en el costurero de mamá,
los soldaditos (venían en sobres, decían,
sus colores,
su nación), indios
y vaqueros,
coches (sobre todo unos que me trajo papá de Dinamarca),
aviones,
pinturas,

libros
de cuentos,
barajas viejas,
mezcladas,
una juguetería, ¿ves?,
que no se averiaba nunca,
nunca:
con todo ello ensayaba a contarme, a contar
el mundo

cocheras



éste, el dofín blanco de papá,
esto, un milquinientos, como el de Miguelo, eso,
un motocarro,
esto, el Tiburón,
eso, un Dodgedart,
y esto, un mercedes benz, éste,
tan simpaticón, el Huevo,
y ésos, un ochocientos cincuenta
y un seiscientos, eso,
un erreocho, esto,
un volkswagen (ni siquiera tenían,
vaya,
apellido),
éste, el doscaballos
del tío Ángel

sabía,
de pequeño, decir
los coches,

hoy
sólo conozco el chevrolet negro que gasto,
y que preferí porque Don Mclean llevó el suyo hasta la presa para despedirse de Miss American Pie y anunciar la muerte de la música,
y por darme aires de gángster
de pacotilla

entonces
podía
aún
nombrar la gente y las cosas que llenaban mis mundos
más o menos verdaderos,
ya
no

The West Wing



papá despachaba, ayudado por mamá, primero, en el ala oeste,
en el piso anexo, digo, que daba
al poniente,
y,
más adelante,
arriba,
en la clínica

estaban ahí mismo,
al otro lado del pasillo que nos daba un poco de miedo,
o subiendo las escaleras,
y no estaban

mi hermana Eva y yo distraíamos la tarde,
después del colegio,
como podíamos,

haciendo dibujos que presentábamos
después
a nuestroseñor,
a ver,
riñendo,
perdiéndonos,
cada uno,
en nuestra juguetería particular,
o en la cocina,
pisando las faldas enlutadas de Amparo, nuestra vieja criada,
que nos enseñaba a hacer chocolate,
o una francesa, batís la clara aparte,
la mezcláis después con la yema,
mimáis el revuelto en la sartén,
¿veis?,
así

yo creo que algunas de las cosas que han importado en la fábrica de lo que somos las fuimos aprendiendo ahí,

en la parte de la casa que nuestros padres vaciaban

deportes de mesa

El *padre* era eso,
alguien que traía cosas de la calle,
que entraba el mundo
en casa.
Deshiciste
(esto es invención que conviene a la gracia del cuento)
el nudo que cerraba el saquito de fieltro
y lo volcaste sobre la mesa que ya habías desembarazado,
y llovieron veintidós botones gigantescos,
conos truncados, pequeños volcanes,
y once eran verdes (con aguas), y once
eran marrones (con aguas),
y dos
que no sé
finísimos,
y otro
rojo
y chiquitín.
Vestiste los grandotes con camisetas (tiritas de papel)
que decían los nombres de futbolistas del Valencia (¿Pesudo,
Poli,
Ansola?)
y,
puede ser,
del Hércules de Alicante,
de aquella temporada (sería
la del sesenta y ocho / sesenta y nueve),
o de alguna de tu infancia
fantástica.

Señalamos con cuatro marcas las porterías y jugamos,
jugamos a ese futbolín en pantuflas,
de mentirijillas,

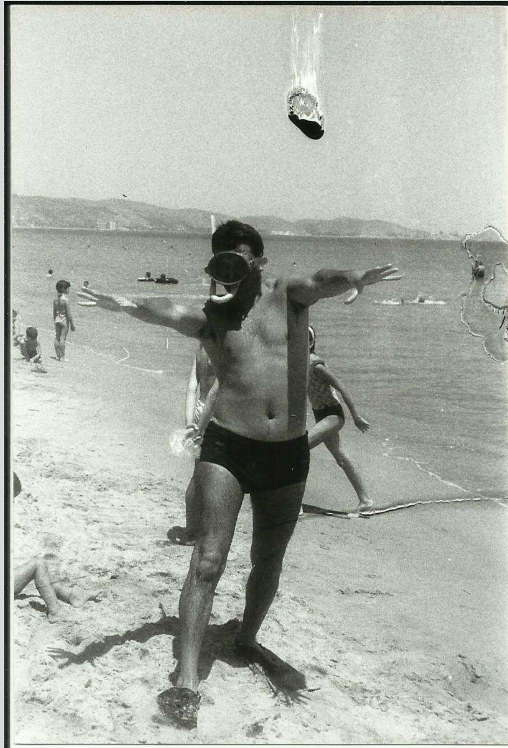
jugábamos,
tú,
papá,
y yo.

como pez algo tonto

uno



yo nado *à-la-maman*: a braza (una rana morena, pelona, velluda),
o de espaldas
(pero usando los dos remos a la vez): he estudiado, entonces,
sus dos estilos, para adelantar algo en la piscina
o en la playa
(¡pero que no cubra!),
segurísimo
y un poco maricón



de papá,
en cambio,
he aprendido la *parte* del bufón,
a fingir el monstruo marino que sale de sus abismos con máscara
y zapatones
de payaso
buzo

cocademollitas

en esta otra sociedad-de-intercambio parábamos,
antes de empezar viaje, en la calle Ruzafa,
en trufasmartínez,
para obsequiar a la abuelita Carmen, y a los tíos de Alicante,
y ellos nos regalaban (nos regalan
aún)
con una bandeja de dos pisos de cocademollitas,
de la Panadería Seguí

hacen su sobrenombre y gordura la harina,
el aceite
y la sal
que se pegan al paladar
feliz,
y,
si la dices desapellidada,
coca-
de-,
la ahijas a una sucesión infinita de cielos que se van abriendo, bueno,
que se abrían

estrellas *nuevas*



> "*Estrellas nuevas*. Son aquéllas que en ciertos tiempos han aparecido de nuevo en el Cielo, y después han dejado de verse."[10]

ésas, digo, Gelo, que pensábamos fijas, clavadas
en el firmamento,
y eran
nada más
nuevas:
farolillos que alumbraron nuestros cielos,
y sujetaron nuestro suelo,
y se apagaron
luego,
desastrándonos

---

[10] *Diccionario de Autoridades.*

baratillo

llámalo
baratillo:
aquí doy al trueque “cosas menudas
y de ruin precio”,
trapos,
“hierro
viejo”[11]

[11] *Diccionario de Autoridades.*

amanosseta



que fuera la vida así, *amanosseta*,
con un televisor panzudo que sólo daba dos canales, éste
y el ú-hache-efe,
que buscabas mimando con el pulgar y el índice un botoncico blanco que tenía en la espalda,
amanosseta, como el Ultramarinos de Manolo (era
cojo,
dices,
yo no me acuerdo), en Turís,
enfrente de casa de la tía Hermelina
(sólo me importaban de él las barras de chocolate redondo que tú llamas de Filiberto,
envueltas en papel), *amanosseta*,
como el aeropuerto de Manises de cuando éramos pequeños,
con sitio solamente para un avión a la vez y una cafetería que servía para nuestro recreo,
facturar con facilidad, pasar
una aduana amable, sin estorbos,
llegarse hasta la escalerilla del aparato a pie,

paseando por la pista,
saber que a la vuelta recogerás,
seguro,
las maletas (¿cómo iban a perderse?)
en una especie de hangar que sólo guardaba las de tu vuelo,
amanosseta, el colegio
a dos manzanas, *amanosseta*,
la redención, y el cielo
asegurado
otra vez
el domingo, después de confesar tus pecados (¡eran
todos
veniales,
tontos,
pobret!)
y comulgarte,
en Cristo Rey,
amanosseta, digo, el papá,
la mamá,
la tía María ahí,
ahí

Cavilaciones en torno a la familia Telerín

*****

desde 1965, todas las noches, a las ocho y media (a las nueve
en verano),
Cleo nos mandaba a los peques "recado", que era
hora
de irnos a la cama,
y obedecíamos con gusto, sin rechistar, tú,
y tu teta,
también,
buenasnochespapá, buenasnochesmamá, decíais, y les dabais un besito,
yhastamañanasidiosquiere, decíais, y siempre
quiso

*****

hacía la Cleo segunda
flautista-
de-
hamelín,
y la seguíamos los críos hasta perdernos en los fondos cenagosos del sueño,
hasta perdernos

*****

los telerín re-
presentan
a diario, y puntualmente, su corto
de *dibus*
dentro de un televisor que está encerrado,
a su vez,
en la panza de todos nuestros televisores:
su realidad se va desliando,
¿veis?,
en la sopa postmoderna que habitan,
que los habita

*****

Los telerín ¿qué especie de familia
(des)armaban?
Los gobierna, desde luego (mirad
cómo la siguen, en fila de indios),
Cleo,
porque es la mayor, o la más cabezona. Faltan
el papá,
la mamá,
los yayos.
Ni siquiera sabemos si son hermanos suyos aquellos chiquillos.
El dormitorio (las cinco camas alineadas,
la cunita)
parece
de hospicio.
Si uno considera,
además,
sus dudables
nombres
(Cleo,
Teté,
Maripí,
Pelusín,
Coletas
y Cuquín),
puede pensarlos echadillos, hijos-
de-
nadie
depositados,
no en el torno de alguna casa general,
sino en el aparcamiento de los Estudios de Prado del Rey.

*****

Sale Cleo sacando el cabezón por la V mayúscula
(por la gigantesca Vaina)
de la TVE,
con un pijama a lunares que le está grande,

toca
a retreta,
y la siguen,
en formación
boba,
Teté, Maripí, Pelusín
y Coletas. El bebé,
Cuquín (Cuquín adelanta a saltitos,
sobre su trasero,
con bastante agilidad,
si te paras a pensar que no tiene, ¿puede ser?, brazos),
se quita disimuladamente de la fila,
intenta entrarse de un salto en nuestro salón,
llega a atravesar un momento la pantalla del aparato,
pero la Cleo, cogiéndolo por el pescuezo del pelele,
lo rescata (no,
lo condena).

*****

Cleo,
Teté,
Maripí,
Pelusín,
Coletas
y Cuquín
terminaban su aventura de rodillas en sus camitas,
en beata
oración,
y pedirían a su extraño autor
qué,
¿que los arrancara de esa escena que repetían
y repetían?,
¿o rezaban por nosotros,
sus primitos de mentirijillas, que nos dejasen vaguear, sólo
mañana,
hasta tarde,
y trasnochar,
entrarnos en el inquietante mundo de los dos rombos?

los chiripitifláuticos





fueron, creo, mis dos héroes
primeros,
en el blanco y negro de la Philips

encerrados en ripios, era Locomotoro
“conductor de todo menos del codo”,
y parecía,
el Capitán
Tan,
“un rataplán”

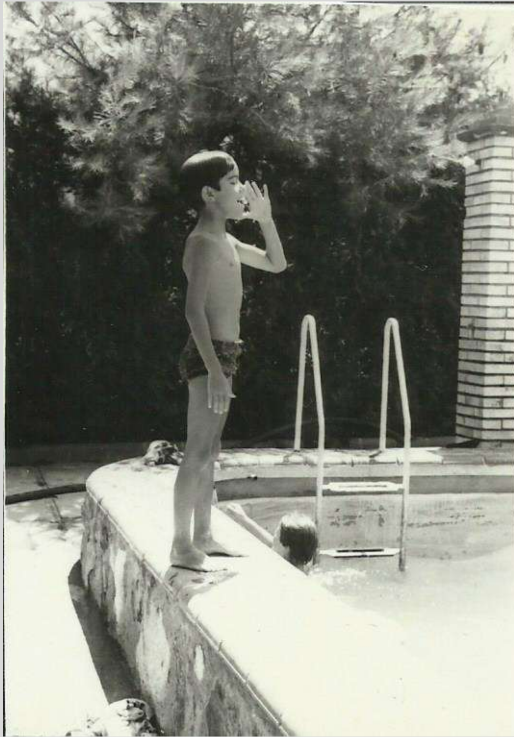
podían
¡tanto!:
Locomotoro (¿de verdad me titulaba él
su “amigüito”?)
fijaba los zapatos,
y se inclinaba hacia adelante,
hasta tocar el suelo con las narices; y yo
seguiría al Capitán Tan, con su sombrero de explorador,
en sus “viajes a lo largo y ancho de este mundo”

yo imitaba continuamente a Locomotoro, que se me mueven
los mofleeeetes,
y a la abuelita Carmen le hacía gracia (¡lo clava
el nene!), a mamá

no,
que recelaba que me estuviese poniendo de maricón

y prefería,
entre todas las canciones que fatigaban los Chiripitifláuticos,
en su programa de *Antena Infantil*, aquella
algo triste,
de “había
una vez”,
que contaba lo de aquel barquito chiquitito que no podía
que no podía,
y que yo soñaba marear

de-los-monos



fui tarzán esmirriado, de piscina, con bañador
de patitos
y huevo de corcho verde a las espaldas: repetía
exactamente
su falsete
famoso,
y me saludaban selvas de cine:
acudían sobre todo el elefante macho que jineteaba y los monos
de mi corro,
los que me apellidan
y titulan

¡otra vez tener, como en-el-principio, habitación
y patio de recreo
en los árboles,
mona
faldera,
a Jane desmayada en mis brazos!

el coleccionista

fui, de pequeño,
un coleccionista impaciente, imperfecto,
desordenado

junté cromos de alguna liga, la del Valencia de Abelardo,
Sol,
Aníbal,
Martínez,
Antón,
Claramunt; apellidé ejércitos de soldaditos
de plástico (venían
en racimos,
dentro de unos sobres, me gustaban por encima de los demás unos de blanco, que reñían
en las nieves);
observaba con curiosidad a mi primo Gelo,
cómo despegaba cuidadosamente los sellos de las cartas,
los colocaba en un álbum

en mi adolescencia dediqué las mañanas de muchos sábados a buscar,
sin ningún concierto,
cómics *Marvel* (mejor que fueran
de *Los Vengadores*): todavía
los guardo

es que distrae mucho armar conjuntos de cosas de la misma especie

ahora descuido adrede taxonomías, deshago
lotes,
recojo cachivaches que no pertenecen a ninguna familia, ni tienen nombre
afirmado

de tebeo

> "'…y ¿de qué sirve un libro', pensó Alicia, 'sin dibujos o conversaciones?'"[12]

papá
hizo caso de Alicia,
y para iniciarme en la lectura me compraba tebeos,
el Pumby,
la colección *Dumbo*, con sus lomos grises, brillantes,
los tomacos de *Películas de Walt Disney*,
y de *Hanna Barberá*,
Astérix y Obélix,
algún *Tintín*,
uno
de *Lucky Luke*

todavía gastaba pantalones cortos cuando me regaló estos otros libros más seriotes, eran *vidas*
ilustradas,
la de Cristóbal Colón, la de Aníbal
Barca

en casa de mi primo Gelo gastaba *El Jabato*,
El Capitán Trueno,
El Guerrero del Antifaz,
las *Hazañas*
bélicas

luego, ya
por mi cuenta,
busqué los cómics *Marvel*,

---

[12] Lewis Carroll, *Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, cap. 1.

sobre todo
Los Vengadores, que traían las aventuras de La Visión,
el androide
melancólico
que me repetía

los mundos fantásticos que visitaba venían,
¿ves?,
en viñetas: hablaban,
y cavilaban,
los personajes que los poblaban,
mediante bocadillos: fueron,
mis primeras *historias*,
historietas

kineografías

Tú ¿no has tenido nunca uno
de ésos? Cabían
en la palma de la mano de un niño pequeño.
Cada página
impar
pintaba,
en la esquina superior derecha,
un dibujito,
y,
si pasabas las hojas muy deprisa,
con el pulgar,
como cuando desembarazas una baraja de naipes,
te contaban una *historia* que complementaba la que guardaba el librico en su tripa, en escritura
ordinaria.

yo no sabía sus nombres, que he aprendido
ahora:
kineógrafo,
folioscopio, cine
de pulgar

era
uno
el maquinista de aquel aparato fabuloso,
y proyectaba en los cielos de papel una película de dibujos animados
mudos

quisiera poder trashojar así el libro
de la vida:
convocar,
por la gracia del desparpajo de mis dedos de fullero,
las escenas
favoritas,

que salieras,
otra vez,
tú
(tú)

el Club de los Siete Secretos



yo fui más de los Siete Secretos
que de los Cinco

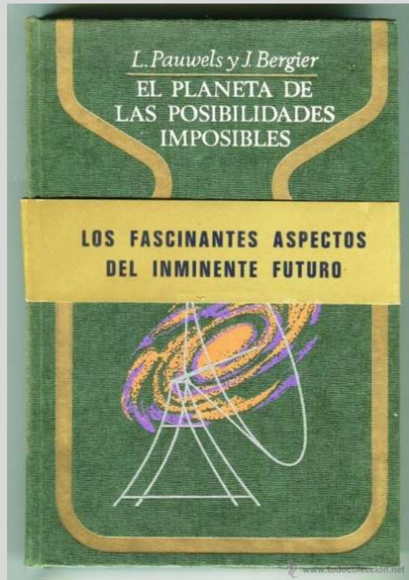
me confundían algo los nombres de los chavales de aquella pandilla,
que me parecían bárbaros, y pronunciaba
a la española,
Peter, Janet, Jack, Barbara, Pam, George, Colin,
ni siquiera sabía uno muy bien,
leyéndolos,
el sexo cabal del personaje

todos soñábamos, mirándonos en su ejemplo, armar
un Club
(y ¡como fuera mixto, de chicos
y chicas,
huy!),
tener aventuras
con perro,
investigar crímenes blanditos, resolver
misterios
idiotas,

que escribiese
luego
Enid Blyton
nuestras hazañas de andar por casa,
y nos jalease desde el título, ¡adelante!,
¡tres hurras para!

era literatura juvenil (¿no la publicaba
la *Editorial Juventud*?), por poco
de un rombo,
clasificación que nos hacía parecer mayores,
y fue mi primera novela, si no negra,
negruzca,
y que leía
seguido,
sin la muleta de los dibus

esotérica (ton*teen*)



en una librería de Andorra,
mientras nuestros padres buscaban los ensayos prohibidos de la colección *Ruedo Ibérico*,
Ricardín y yo hojeábamos otras cosas, en la sección de ciencias
dudosas

aparte de los cómics *Marvel* (¡eso
ya no eran tebeos!)
yo nunca había comprado, me parece, un libro

escogí
dos
de Louis Powels y Jacques Bergier,
El planeta de las posibilidades imposibles
y *La rebelión de los brujos*

en esa otra región
crepuscular (that awkward twilight
zone),
la edad del pavo,
que yo habité torpísimo,
a lo ridículo,

presté
fe
a las teorías
friquis
de estos dos autores,
y entendí,
por ejemplo,
que el tiempo y el espacio,
follones,
fabricaban universos paralelos
(y yo colearía,
por eso,
también,
al otro lado),
y que fueron los marcianos nuestros decepcionados maestros
(¿no veis sus aulas derrumbadas, los pupitres
volcados?)

fichero de mis bibliotecas primeras

los anaqueles del cuarto que compartía con mi hermana Eva,
en nuestra casa de San Vicente,
fueron recibiendo los libros que nos regalaba papá,
los de la colección *Dumbo*,
los tomos ordenados con números romanos de las *Películas de Walt Disney*,
y *de Hanna Barberá* (yo
siempre le he acentuado el apellido,
que era el de la primera calle que supe),
los *Astérix* (y Obélix,
y Obélix),
algún *Tintín*,
los de *El Club de los Siete Secretos*,
uno de *Guillermo el travieso*,
la aventura primera de *El hombre enmascarado*,
las vidas ilustradas de Cristóbal Colón
y Aníbal Barca,
el *Miguel Strogoff*,
La vuelta al mundo en ochenta días
y *Las tribulaciones de un chino en China*,
de Julio Verne,
La Biblia contada a los niños,
los *Dime por qué*, *Dime*
cómo funciona,
Dime quién,
y demás dimes,
que tú también tenías,
o la edición de lujo, encuadernada en piel, verde,
negro
y oro),

que yo pedí por un capricho idiota,
para ganar un reloj fardón que te ofrecían si la comprabas),
en varios volúmenes,
de *Los tres mosqueteros* y *El vizconde de Bragelonne* (nunca
los leí,
y me lo afeo todavía)

luego,
con la pubertad,
gané habitación
propia,
y estantería de medio cuerpo,
que yo ocupaba con libros que me iba comprando,
o que me apropiaba (que le quitaba, quiero decir,
a mi padre),
picando en la Biblioteca del comedor

eran lecturas
pubescentes,
los cómics *marvel*, que contaban a Namor,
al Capitán América,
a La Masa,
a Dan Defensor,
a Los Cuatro Fantásticos,
a La Patrulla X, sobre todo
a Los Vengadores,
El planeta de las posibilidades imposibles,
y *La rebelión de los brujos*,
Love Story,
que leí en Alicante,
por sanjuán,
Rabindagran Tagore,
el *Sidharta*,
Odiarás [huy]
a tu padre y a tu madre,
Pitigrilli,
Wodehouse,

los de teatro de cincuenta pesetas que compraba en París-Valencia,
los que resumían el anarquismo,
o andaban la república, la guerra civil,
buenosdíastristeza,
el tomo con las obras completas de Lorca que, por vergüenza,
no pude ofrecer a César Argilés, mi maestro
mejor,
Unamuno,
el *Bestiario* que me inició en Julio Cortázar

fueron, primero (han sido
siempre)
propina: caricia,
mi recreo
más facilón

Ajax, el Caballero Blanco



que no fuera, mamá, Persil,
o Lagarto,
mejor (mucho mejor)
Ajax,
y poder,
así,
hundir las manos, hasta los codos, en aquel tambor de harina olorosa,
hasta encontrar al Caballero Blanco

no sabíamos al gigantesco,
hazañudo
Áyax,
que se tarara después de que otorgasen, en juicio
con artería, las armas
de Aquiles
a Ulises,
tampoco a ese otro Áyax menor,
peor,
que violó a Casandra a pesar de que la infanta se había acogido al regazo
(in)seguro
de Atenea

trasladado torpemente a nuestro romance,
lo decíamos con jota
y acento oxítono,
y usábamos la prosa,
en lugar de los hexámetros,
y entraba en nuestros cuentos jineteando, con armadura medieval,
y no arreando,
carretero,
o apeado,
como los capitanes
tremendos
de Troya

podía,
de todos modos,
mucho,
aquel hijo del jabón,
en el follón de la batalla que armábamos en el comedor,
mezclándose con indios y vaqueros,
soldaditos de la segunda guerra mundial,
y las fieras y figuras de Astérix que venían en los paquetes de los chicles Dunkin

en la higuera



fuimos
(en el principio)
monos
arborícolas,
siempre nos íbamos, entonces, por las ramas,
bajábamos
poco
al suelo
(¡yuyu!)

más adelante nos hicimos
peatones,
y sólo buscábamos los árboles por sus golosinas,
o para quitarnos de las fieras

queda,
de todo aquello,
un poso,
una querencia,
por eso,
de pequeños,
nos divierte treparlos,
hacernos habitación en ellos

estás en la higuera, dicen
del distraído,
y una,
frontera de Yalta,
fue mi apartamento
segundo,
comunal,
aquel verano del 72, o del 73

la be hache



era una be-
hache (las iniciales de los Hermanos Beístegui,
que las empezaron en Éibar,
invertidas,
con una gacela rampante,
hacían el escudo en la barra)
granate,
con remates blancos, el sillín
bicolor,
con una carterita de cuero trasera,
que guardaba alguna llave inglesa
que no sabía,
naturalmente,
usar,
fue
mi primera bicicleta de mayor
y,
me doy cuenta ahora,
de señorita,
de hecho la heredé, me parece, de mi prima Juanita,
la tenían apartada en la cambra, en Turís

subido a ella llanearía los veranos que pasamos en Yalta,
los últimos
infantiles,

orillando las playas silvestres, de guijarros rodados y pechinas,
de El Puig,
hasta la raya de Puzol,
en aventura famosa, my silly
road
movie

me divierte haber aprendido que armó aquella bici la industria de vascongados, también
que la fábrica BH hizo,
primero,
pistolas *máuser*,
pum

palestras

las aceras de la manzana que empezaba en Vila Barberá,
y seguía hacia Gil y Morte,
el tiovivo de la Gran Vía,
los alrededores del Trina,
los columpios de La Glorieta,
Los Viveros,
la Calle Molina,
la Gola de Cullera, las afueras
de Alborache,
los rellanos y las escaleras de las fincas que habitamos,
el solar, detrás de *ca* la tía,
mis Alicantes
privados,
los jardines de Sabas,
los patios infinitos del Colegio de los Agustinos,
los marjales de El Puig, detrás de Yalta, con su higuera,
los futbolines de la esquina Marvá-Albacete,
fueron mis palestras,
allí ensayaba
caballerías

mepidonoabrir

¡me pido no abrir!,
gritábamos al montón los cuatro hermanos en el comedor,
cuando tocaban el timbre,
y el último, menos prevenido,
se levantaba a regañadientes,
era un ordenamiento casero que obedecíamos con mansedumbre

luego hemos ensanchado aquel mepidonoabrir, Carlos,
Marta,
Eva,
yo,
y lo empleamos,
más en general,
para las cosas idiotas de la vida,
y parece, ¿no?, un poco, el *i'd-rather-not* de Bartleby, campeón nihilista

tatú

(sin contar las tribus pintadas,
aquellos pictos tremendos que señoreaban el norte de la Bretaña
mayor,
primera,
y espantaban a los romanos)

antes (antes) iban tatuados los legionarios (amor-
de-
madre,
vivalamuerte),
los hampones,
los marinos de leyenda
y *dibus* (Popeye)

arrancados al fuego y al dolor, apuntaban taras, violencias
inconcretas,
decían
al *Otro*

hoy el tatuaje es bisutería que señala al ahigadado
y al imbécil

yo usé, el mismo verano que me enamoriqué de Mari la Legañosa,
calcomanías que pegábamos con saliva a los dorsos de las manos,
o en los brazos,
y repetían monstruos,
flores,
mariposas,
psicodelias,
qué

las calcomanías se iban volviendo borrosas con el agua y el jabón
forzosos,
y la roña
hija
de nuestro recreo,
y la infancia
tonta
y feliz
que pasaba

cinecinecinecine



25-48--00,
25-76-14,
26-77-32,
las tardes de los sábados os convocaba, ¿quedamos?, íbamos
(nos decíamos
por los apellidos: Mompó,
Arrando,
Ortuño,
Palazón)
a los cines de reestreno de nuestros barrios y de sus orillas inmediatas,
el Price,
el Astoria,
el Jerusalén,
daba lo mismo (daban lo mismo
las películas)

los sábados por la tarde, en sesión doble,
o triple,
en el gallinero del Price, en el patio de butacas
del Astoria (éste
no tenía paraíso),

o estirando el cuello entre las columnas que plantó el arquitecto
idiota,
o borde,
del Jerusalén,
echábamos
despacísimo
el vello
también
en la ciencia dudable del cine:
comíamos
de todo,
con una carpanta que no hacía ascos,
películas de vaqueros,
policíacas,
de guerra,
de romanos, comedias
musicales,
románticas,
aventuras del Santo, aquel pelele enmascarado, mejicano,
nos gustaban mucho las de kunfú, Ornella Muti
me mareaba

First Love, Last Rites

First Love, Last Rites

First Love, Last
Rites:
el título del cuento de Ian MacEwan me sirve bien:
el primer amor ¿acaso no fija como ritos
últimos, casi
como manías,
que uno no podrá sino repetir,
todos sus accidentes?

de *l’innamorato*

en aquella *commedia all’improvviso* ensayaba (era
la primera vez)
la parte de *l’innamorato*: sólo
que no ganaba, en la última escena, a la *dama*,
estorbado por mi impericia general

hice,
más bien,
la máscara
ridícula
de un Pantalone
pollo,
barbilampiño,
chato,
desarmado (la daga veneciana
de palo),
el saquito (¿escrotal?) vacío de pesetas,
que babea (sin descubrírselo nunca,
nunca)
detrás de Isabella,
y alcanza, nada más, a pellizcarle el culo a su criada,
Colombina
(y me gané el bofetón, que fue
público,
de mi tía María)

que éramos unos chiquillos

que éramos unos chiquillos (teníamos,
me parece, nueve años)
lo apuntaban los juegos que yo usaba para cortejarte
(los moros y cristianos,
el pañuelo),
las calcomanías con las que nos tatuábamos,
el huevo de corcho verde que me abrochaba a la espalda para chapotear sin peligro en la piscina
(¿o pertenecía esta otra vergüenza a algún verano anterior?),
que no nos dejaban ir a la playa como no fuera guardados por nuestras familias más o menos extensas:
índices,
todos,
de nuestras edades tontas

la banda sonora

¿pudieron (des)componer el mismo verano del 71,
el helpayúdame de tonyrronald,
un vals vienés, que repetía, cansina, la feria, y, sobre todo,
sobre todo,
desde sanremo, el pero-anoche-en-la-playa,
de pinodonaggio,
la banda sonora del verano de mi primer amor
en Sabas,
lo que (no) tuve con Mari?

marilalegañosa

“Ojos hay
que de legañas
se enamoran.”
Pongo
por caso
éstos
que me cuento.
Aquel verano del 71 tenía nueve años,
y me perdí para siempre por una niña, Mari, de mi edad.
Jugábamos,
en los jardines de Sabas,
a *Moros y Cristianos*,
al *Pañuelo*.
Yo la buscaba continuamente desde el balcón de mi apartamento,
frontero del suyo.
Mi madre le dio un apellido antiguo,
que ya no se usaba,
rústico
(villano),
traído de las infancias miserables de la posguerra,
“la Legañosa”.
Serían,
digo,
los celos,
que ya andaba su mayor detrás de otra,
de otra.

A las legañas dicen, en inglés,
el polvo del sueño,
o el barrillo
de la tristeza,
y Titania, Reina
de Hadas,
las llamó,

una noche de San Juan que fue famosa,
rayos de luna (o las vigas
que la sostienen).
Serían, más bien, las de mi chica,
eso,
ceniza de mis sueños,
luz selenia,
la baba de un caracol
encantado.

A mí, ay, se me ha borrado el rostro de Mari la Legañosa,
pero quiero imaginar,
por el sobrenombre que ganó de mi madre,
que gastaría los ojos
húmedos,
extraños,
maravillosos.

zorcico

papá,
guasón,
notó mi estado
nuevo
de emborricado llorica,
y, por hacer befa cariñosa de su mayor,
cantaba un ochote vascongado famoso,
de película,
mudando el nombre de la chica,
aquel *mari*
yo-no-te-olvido
cuya letra sacaba a plaza mi pasión cabezona

Castán Tobeñas, 34, puerta 8

he olvidado su nombre,
pero tuve, aquellos meses de julio y agosto, rival (el otro choto alfa
de la pandilla)

ahora
se acababa el verano,
y la vida,
una vez doblada su última esquina,
me separaría para siempre de Mari-la-legañosa

de algún modo (era,
desde luego,
más espabilado)
él supo
de ella
su dirección
(todavía hoy se me comen los celos, ¡que pudiera, aquel imbécil,
tanto!)

nunca he comprendido por qué (¿sería
para ganar algún pique?),
pero mi antagonista me valió,
paradójicamente,
de alcahuete,
y me pasó después las señas

(en mis delirios una mueca borde le tuerce la boca cuando me apunta la calle,
y me malicio algo)

conocí,
en todo caso,
la dirección de mi chica,

que todavía sé,
y debe de hacer mucho tiempo que no sirve,
claro,
Castán Tobeñas, 34, puerta 8

aquel otoño mis padres,
entre divertidos y compadecidos,
me llevaron en coche hasta su barrio,
para que entreviese aquel domicilio brujo,
y hago
todavía
su ronda
melancólica

no le dije nunca

como aquel “Quijada, o Quesada”,
o “Quejana”,
fui enamorado
escondido,
mierdica,
más corto que un rabo de pasa,
y mi dama secreta “jamás lo supo,
ni se dio cata de ello”[13]

no se lo dije,
desde luego,
entonces,
tampoco
aquel domingo del invierno siguiente,
la vi en unos columpios y ni siquiera pude saludarla

---

[13] Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Qujote de la Mancha*, cap. 1.

al otro verano

al otro verano veraneábamos en Yalta,
en la playa de El Puig

una noche crucé la frontera de La Puebla
y me llegué hasta Sabas,
por si veía a mi chica

otros machos prepubescentes gobernaban
ahora
sus jardines,
y alguno de ellos me conoció,
y me denunció, el jefe,
el jefe,
chillaban,
y me corrieron hasta Orly

no osé
volver

la ¿fabricada? *historia* de la prima Maite

tú qué vas a saber, Maite, cómo
te ibas a acordar,
es posible que esto ni siquiera sucediese fuera de la espuma bobalicona
de las *historias* que me cuento:
había ido a Alicante,
a pasar lashoguerasdesanjuán con Eduardo, nuestro primo hermano
común,
estábamos en una barraca armada en la calle,
yo tenía ¿doce,
trece años?,
y bailaba (era
la primera vez: ¡debutante!) con Maite, la hija de la Mari (tú, papá,
la querías mucho, a la Mari),
mi prima
segunda
(y carnal, carnal): yo
temblaba: ¡bullirían
los apellidos demasiado vecinos, sin dispensa
papal!

cosas que no

Y sí, es verdad que venimos acompañándonos desde los catorce años (bueno, tú
tenías quince),
pero a mí me habría gustado hacer,
en la Gran Vía Ramón y Cajal, entre las mesas del Trina,
infantil
arqueología,
contigo,
juntando chapas de cocacolas
y pepsicolas,
de fantas y mirindas de naranja
y de limón,
sobre todo me gustaban las de cinzano, eran
las monedas
de chatarra
que me cruzaban a mi país-de-nunca-jamás,
o, ahí mismo, en el tiovivo
vecino,
verte rodear el mundo, caballera,
o subida al camión de los bomberos,
perderme a tu lado en las entrañas de las criaturas
de mentirijillas,
de cemento
en colores,
de la Glorieta
(la tortuga
sobre todo),
jugar contigo a los médicos,
a la botella, haber sido tu novio
primero,
pasar alguna mañana lista en tu clase,
y quedarme a recoger,
luego,
los trastos de aprender, y de jugar,

poder ser, huy,
tu favorito,
the teacher’s
pet

índice

álbum algo fantástico de Manolico Chupa-Chup

39. en Los Viveros
40. ¡nombrar a la jiraba nueva!
41. carreras de galgos
42. Hércules Cortés
43. tontorrona numismática
44. cuánto falta
45. breakfast at Vila Barberá's
46. doy parte
47. class of
48. miprimeracomunión
    - traje
    - dote
    - accidentes de la Eucaristía
49. botas de agua
50. el yo-yó
51. a las canicas
52. campos de fútbol
53. derramamientos
54. latíamaría
55. mecánicas (dos)caballerías
56. *ca* la tía
57. estupendos trabajos caseros
58. dumb waiter
59. "Se todos fossem…"
60. demolición
61. el mayor del señorito
62. estrenas
63. juguetería
64. cocheras
65. The West Wing
66. deportes de mesa
67. como pez algo tonto
68. cocademollitas
69. estrellas nuevas
70. baratillo
71. *amanosseta*
72. cavilaciones en torno a la familia Telerín
73. los chiripitifláuticos
74. de los monos
75. el coleccionista
76. de tebeo
77. Kineografías
78. el Club de los Siete Secretos
79. esotérica (ton*teen*)

80. fichero de mis bibliotecas primeras
81. Ajax, el Caballero Blanco
82. en la higuera
83. la be hache
84. palestras
85. mepidonoabrir
86. tatú
87. cinecinecinecine
88. *First Love, Last Rites*
    - *First Love, Last Rites*
    - de *l'innamorato*
    - que éramos unos chiquillos
    - la banda sonora
    - marilalegañosa
    - zorcico
    - Castán Tobeñas, 34, puerta 8
    - no le dije nunca
    - al otro verano
89. la ¿fabricada? *historia* de la prima Maite
90. cosas que no